

MESA 91 Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (siglos XIX y XX)

Coordinadores: Andrés Bisso (UNLP/Conicet) andresbisso@yahoo.com.ar

Alejandro Cattaruzza (UBA/UNR/Conicet) manuelcattaruzza@arnet.com.ar

Mi general, cuánto valés? El lugar de Perón en las interpretaciones sobre los orígenes del peronismo.

Gustavo Castagnola*

“Nosotros debemos emplear siempre la palabra peronista. El general Perón toma una de las banderas del peronismo, el justicialismo [...] Pero para nosotros, la única bandera es el peronismo. La revolución es peronista, la constitución es peronista, el gobierno es peronista y el movimiento es peronista. Siempre debemos tener a flor de labios la palabra peronista”

Eva Perón¹

Desde su aparición en el escenario político argentino en octubre de 1945, el peronismo ha sido un movimiento político que mereció la mayor de las atenciones de parte de polemistas, periodistas, pensadores y académicos (cita de Rein). En lo que respecta a estos últimos, la literatura que se ha ocupado de estudiar a este movimiento popular ha sido (y sigue siendo) vastísima. Tan amplias como el número y la variedad de la producción que se ha ocupado de él, han sido las caracterizaciones que se han hecho sobre el peronismo: movimiento “nacional-popular”, fenómeno “populista” o una suerte de autoritarismo plebiscitario de masas, fueron sólo algunas de las calificaciones que recibió. Curiosamente, un rasgo que ha sido ciertamente significativo del peronismo, por lo menos hasta la muerte de Perón en julio de 1974 no siempre pareció merecer una atención particular: por qué este movimiento o fenómeno de masas se definió a sí mismo como *peronismo*? Cómo puede explicarse la centralidad de la figura de Perón en él?

*Instituto de Estudios Históricos. Universidad Nacional de Tres de Febrero. DNI: 14.407.540. Dirección electrónica: gcast@hotmail.com. Autorizo la publicación de este texto.

¹Folleto. Subsecretaría de Informaciones. Dijo Eva Perón: “Siempre debemos tener a flor de labios la palabra peronista”; citado por Catalina Scoufalos (2007: 76).

El presente texto busca explorar qué clase de respuestas podemos encontrar en algunos de los trabajos fundamentales que se han escrito sobre los orígenes del peronismo. La indagación se va a concentrar en tres escritos: “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, texto de Gino Germani publicado por primera vez en 1956, “El movimiento obrero en los orígenes del peronismo” de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero publicado originalmente en 1969 y el texto de Juan Carlos Torre “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” que apareció por primera vez en 1989. Está muy claro que el examen de estos textos dista mucho de agotar el repertorio de lecturas que se hicieron sobre los comienzos del peronismo (y ni siquiera incluye cambios en los puntos de vista de los investigadores aquí considerados –es el caso de Germani²-). Creemos, sin embargo, que la exégesis de este pequeño grupo de textos es relevante por la influencia que ellos han tenido y tienen en las miradas que se le han dispensado al peronismo³. En primer lugar, haremos una muy breve exposición de las lecturas que estos trabajos han hecho de los inicios del peronismo y qué se afirma o puede inferirse del lugar que, de acuerdo con estos estudios, ocupa Perón en el movimiento. En segundo lugar, intentaremos identificar convergencias y divergencias en la presentación que esas interpretaciones hacen del papel de Perón.

Gino Germani: Perón, el líder impuesto.

El artículo titulado “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” que fuera publicado por primera vez en 1956, resumía parte de un texto elaborado por Gino Germani un año antes; en efecto, en 1955 el gobierno provisional del general Aramburu pidió a Germani su opinión acerca de la posibilidad y manera de instrumentar un

²Como se sabe, Gino Germani propuso múltiples miradas tanto del peronismo en particular, como respecto del modo en que este movimiento debía ser considerado en comparación con otras experiencias políticas (señaladamente, el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán); y, como se señalará sumariamente en este trabajo, no parece posible hacer que las diversas perspectivas elaboradas por este autor en relación al peronismo converjan en una imagen general consistente. Está claro, en cualquier caso que, además del examen presentado en 1956, Germani formuló en 1973 otra lectura sobre los orígenes del peronismo que, aun cuando tuvo puntos de contacto con la elaborada en 1956, se apartaría de ella en aspectos sustanciales.

³No creemos que sea necesario justificar esta afirmación en el caso de la obra de Gino Germani. Respecto de la importancia e influencia del trabajo de Murmis y Portantiero, véase Hernán Camarero (2004); el texto de Juan Carlos Torre es, hasta donde sabemos, la última gran interpretación acerca de los orígenes del peronismo (que, como apuntaremos aquí, se presenta explícitamente como una suerte de síntesis de los estudios de Germani y Murmis y Portantiero sobre este tema).

proceso de desperonización en la Argentina⁴. El origen de este escrito explica con claridad el norte que orienta la indagación de Germani en él. Si se trataba de saber qué posibilidades había en la Argentina de imitar un proceso como el de desnazificación iniciado en Alemania diez años antes, era fundamental preguntarse qué parentesco tenían el peronismo y el nazifascismo. Así, el propósito de “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” es el de comparar al peronismo con los totalitarismos europeos.

Como se sabe, en Germani el marco conceptual de la comparación es el tránsito desde la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Según nuestro autor, este tránsito abre un proceso por el que se expande la personalidad y la libertad humanas a través del creciente empleo por parte del individuo de la razón y su paulatino abandono de la tradición y del pasado. Aunque positivo, para Germani este proceso “al mismo tiempo significa un grave peligro, pues para que esa libertad pueda ser efectivamente ejercida, es necesario contar con las condiciones objetivas y subjetivas adecuadas, y tales condiciones en la actualidad no existen, o se hallan insuficientemente desarrolladas”⁵ En términos específicamente políticos, el proceso de modernización ha desembocado en una sociedad de masas; en ella, indica Germani, “estas masas ya no están excluidas del ejercicio del poder político. O por lo menos ya no quieren estarlo. Y de algún modo hay que contar con ellas para gobernar”⁶.

Aunque en la actualidad cualquier régimen político “necesita para ser duradero del consentimiento activo o pasivo de las masas [...]. Y éstas lo conceden cuando sienten que de algún modo son parte de la sociedad nacional, o cuando, por lo menos, no se

⁴“La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” fue publicado originalmente en 1956 como folleto separado. Posteriormente, en 1962, fue reimpresso en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*: texto que incluye una gran cantidad de artículos redactados en años diferentes; las citas de los artículos incluidos en este libro que son mencionados aquí corresponden a esta primera edición. El hecho de que “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” fuese originalmente concebido como respuesta a una requisitoria formulada por integrantes del gobierno de la Revolución Libertadora (incluido el propio general Aramburu) fue indicada por Germani en *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional* (2003: 254, n.7); conviene apuntar que en este libro (publicado en inglés en 1978) aparecen reproducidos de manera casi textual varios párrafos del artículo de 1956; para esta última circunstancia, véase Germani (2003: 253-259). Cuando indicamos que la reproducción de algunos párrafos es “casi textual”, el “casi” no es un aspecto menor; para esta cuestión, véase ut infra, nota 9.

⁵Germani (1962: 234).

⁶Germani (1962: 235).

sientan excluidas de ella”⁷, Germani subraya que es posible distinguir entre las formas políticas democráticas y las totalitarias. En las primeras, las masas ejercen una participación, aunque limitada, genuina; en las segundas, se les inculca la falsa ilusión de que ellas intervienen activamente en la dirección de los asuntos políticos. Es en este segundo grupo, el de las “formas totalitarias” en el que Germani coloca tanto al fascismo italiano y al nacionalsocialismo alemán, cuanto al peronismo.

Aun cuando, como se verá, no dejará de individualizar algún rasgo común entre estas tres experiencias, Germani enfatizará cuatro importantes diferencias entre los totalitarismos europeos y el argentino. En primer lugar, estos fenómenos políticos corresponden a distintos procesos de modernización. En Italia y en Alemania el surgimiento del fascismo y del nazismo se produjo en un contexto de modernización avanzado caracterizado por una ofensiva de movimientos de izquierda y la proletarización de las clases medias. En la Argentina, las condiciones que prepararon el advenimiento del peronismo fueron las de un tránsito a la modernización rápido y reciente con clases medias en ascenso e integradas y sectores populares en proceso de formación y no integrados. Estas divergencias entre los contextos de modernización europeo y argentino explican la segunda diferencia que identifica Germani entre ellos; a saber, las masas disponibles que constituirán el soporte social de estos movimientos: las clases medias en el nazifascismo y los sectores populares en el peronismo. La tercera diferencia se desprende de la anterior: las ideologías de los respectivos totalitarismos se corresponden con la base humana que movilizan y, como indica Germani: “Al lema fascista de “Orden, Disciplina, Jerarquía”, [el peronismo lo] sustituye el de “Justicia Social” y “Derechos de los Trabajadores””⁸. Por último, y aunque en todas estas experiencias totalitarias se asiste a formas de irracionalidad de parte de los grupos que son movilizados por ellas, en el peronismo no se trata de “ciega irracionalidad”⁹.

⁷Germani (1962: 239).

⁸Germani (1962: 243; comillas en el original).

⁹Germani (1962: 251). Germani dedica un extenso y muy notable párrafo para justificar su caracterización del comportamiento de los sectores populares en el surgimiento del peronismo como *casi* (esto es: no completamente) irracional. Y aunque, y como ya se ha indicado, en su libro de 1978 incorpora varios párrafos del texto de 1956 que nos está ocupando aquí, a finales de la década del 70 su conclusión respecto de cómo evaluar la racionalidad del peronismo ha cambiado significativamente; en este sentido, observa Germani que: “[...] no parece que la hipótesis de la irracionalidad sea aplicable en el caso del populismo nacional” Germani, (2003: 254).

En relación con este último punto, la irracionalidad que se pone de manifiesto en estos procesos políticos, Germani explora tres dimensiones. En primer lugar, cuáles son los intereses reales de los grupos involucrados en estas experiencias; en segundo lugar, en qué medida los regímenes totalitarios satisficieron esos intereses; por último, qué medios de información y de comprensión poseían estos sectores para identificar sus propios intereses y discernir si los regímenes por ellos respaldados los materializaban. Concentrándonos ahora exclusivamente en el caso argentino (aunque la comparación con Europa es importante en su argumento), Germani indica que los sectores populares cumplimentaban sus intereses reales si alcanzaban tres objetivos: primero, si adquirirían conciencia de su poder; segundo, si lograban introducir “cambios estructurales”; finalmente, si lograban el reconocimiento de sus derechos por otros grupos. A continuación, Germani se pregunta en qué medida satisfizo “la dictadura” estos intereses de las clases populares. Su respuesta es bien matizada. En cuanto a la realización de “reformas estructurales” (el segundo de los objetivos señalados por Germani) nada hizo el peronismo. Sin embargo:

“[...] un balance algo distinto se nos presenta con respecto a los otros dos puntos. Por un lado, no cabe duda de que las masas populares lograron con el peronismo una conciencia de su propio significado como una categoría de gran importancia dentro de la vida nacional, capaz de ejercer cierto poderío [...]”¹⁰. “También el tercero de los objetivos fue, por lo menos en parte, logrado [...]. Contrariamente a lo que se suele pensar, los logros efectivos de los trabajadores en el decenio transcurrido [1945 a 1955] no debemos buscarlos –repetimos– en el orden de las ventajas materiales [...], sino en este reconocimiento de derechos, en la circunstancia capital de que ahora la masa popular *debe* ser tenida en cuenta, y se impone a la consideración incluso de la llama “gente de orden”, aquella misma que otrora consideraba “agitadores profesionales” a los dirigentes sindicales”¹¹.

Y qué lugar asigna Germani a Perón en ese proceso de afirmación de las clases populares frente a sí mismas y frente a las demás clases? Nuevamente, el marco de comparación es el que permite examinar al peronismo a la luz de las experiencias totalitarias europeas; aquí nuestro autor consigna una semejanza y una significativa

¹⁰Germani (1962: 248)

¹¹Germani (1962: 250; subrayado y comillas en el original)

diferencia entre éstos y aquel. La semejanza consiste en que, a pesar de los importantes rasgos diferenciales que Germani identifica entre el nazifascismo y el peronismo (y que ya hemos sumariamente inventariado), ambos comparten un elemento psicosocial: “la identificación de la masa con el “líder”, el contacto directo, personal, diríamos, a que éste apunta”¹². La diferencia que tiene el peronismo con los casos europeos es que en aquél la toma del poder por Perón y su permanencia en él fue experimentada por las clases populares como algo “que dependía de su adhesión y de su activa participación, que era obra suya”¹³. En este punto, Germani subraya la diferencia entre el 17 de octubre, por un lado, y la Marcha sobre Roma y “las acciones análogas en Alemania”, por otro. Mientras que éstas fueron resultado de la actividad de “formaciones perfectamente militarizadas, y en gran parte de carácter profesional o cuasiprofesional”, el rasgo definitorio de la “marcha del 17” fue la “participación espontánea o improvisada, sin entrenamiento ni disciplina”¹⁴.

Acontecimientos como el del 17 de octubre de 1945 (y otros referidos en este texto) contribuyen a explicar por qué para Germani las clases populares se hicieron *peronistas*. Porque estos sectores sociales vieron a Perón no como alguien que (vía la satisfacción de sus intereses materiales) supo ganarse la adhesión obrera, *sino y contrario imperio*, porque lo percibieron como un hombre cuyo liderazgo político fue hecho posible por un acto de afirmación de aquellos sectores sociales a través del cual sancionaban su propio protagonismo en la vida nacional. En palabras de Germani:

“Todas estas experiencias contribuyeron a formar en las clases populares una conciencia bastante clara de su poder y significado; su actitud no era, como muchos pretenden, de agradecimiento al dictador por las “dádivas” (aunque, por supuesto, esta clase de sentimientos no faltó en muchos), sino de orgullo por haber logrado (impuesto sería la palabra psicológicamente más exacta) sus derechos frente a la clase patronal, y de haber “conquistado el poder”, según los *slogans* de la propaganda oficial”¹⁵.

En suma, para Germani el lugar de Perón es el de un liderazgo que las clases populares entienden que han construido e “impuesto”, como “obra suya”. Sin embargo, para

¹²Germani (1962: 242; comillas en el original)

¹³Germani (1962: 248)

¹⁴Germani (1962: 249)

¹⁵Germani (1962: 249; comillas y subrayado en el original)

nuestro autor este liderazgo sigue siendo “irracional”, heterónimo. En efecto, en la medida en que está en el interés de los sectores populares lograr “cambios estructurales” y, como se indicó, el régimen peronista no sólo no los introdujo sino que “provocó un empeoramiento de la situación preexistente”, “la adhesión popular al dictador produjo consecuencias contrarias a los intereses populares”¹⁶.

Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: una autonomía transitoria, el líder como representante de la burguesía.

“El movimiento obrero en los orígenes del peronismo” fue publicado por primera vez en abril de 1969 en el Documento de Trabajo número 57 del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella. Parte de una investigación más amplia que investigaba las consecuencias sociales y políticas del proceso de industrialización argentino desde 1930 (consecuencias que harían posible el surgimiento del peronismo), en este texto en particular Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero se proponían analizar la fisonomía y trayectoria del movimiento sindical hasta la víspera misma de la victoria electoral de Perón en febrero de 1946.

El texto puede ser presentado como compuesto de dos partes. Por un lado, un examen crítico de los supuestos más extendidos de la literatura que se había ocupado de explicar la adhesión obrera a un movimiento nacional popular como el peronismo: en particular, aquella que partía de la distinción entre “obreros viejos” y “obreros nuevos” y que identificaba en estos últimos la exclusiva base social del populismo nacional. Por otro lado, la presentación de las hipótesis alternativas principales de Murmis y Portantiero: en primer lugar, que los así llamados obreros viejos (sus dirigentes y organizaciones) desempeñaron un rol muy activo en el proceso de gestación del peronismo; en segundo lugar, que la participación obrera en el surgimiento del peronismo fue resultado de una homogeneización de la clase trabajadora que era a la vez expresión de un proceso previo de industrialización basado en acumulación sin distribución. En tercer lugar, que tras la adhesión inicial obrera al peronismo se revelaba una expresión de autonomía de la clase.

¹⁶Germani (1962: 248)

El punto de partida es, entonces, la revisión crítica de la literatura que busca explicar la adhesión de los trabajadores a los movimientos populistas. Esta literatura, señalan Murmis y Portantiero, parte de un parámetro de normalidad en el que se supone que la clase obrera movilizada debe poseer una orientación ideológica clasista, de izquierda, y ser autónoma, esto es: responder a liderazgos de su mismo origen social. La aparición de populismos como el peronismo (en el que la clase trabajadora ha apoyado a movimientos con ideologías de tipo “fascista”¹⁷ y conducciones externas a ella) planteó entonces la necesidad de hallar una explicación de su emergencia que pueda ser integrada al modelo de normalidad. Señalan los autores que el expediente explicativo más frecuente ha consistido en postular, para los países de industrialización tardía, la existencia de un corte en los sectores trabajadores entre obreros “viejos” y “obrerros nuevos”.

Esta distinción, apuntan Murmis y Portantiero, tiene tres implicancias en lo que concierne al examen de la relación entre clase obrera y nacionalismos populares. En primer lugar, deja de lado el papel de los obreros “viejos” “[...] y su relación con la génesis de los movimientos nacional populares o es relegada como punto de interés teórico o es conceptualizada explícitamente como opuesta al populismo [...]”¹⁸. En segundo lugar, se asume que son exclusivamente los obreros “nuevos” los que proporcionan la base social al nacionalismo popular. En tercer lugar, se postula como uno de los corolarios de la distinción entre obreros “viejos” y “nuevos” “la dicotomía entre tendencias a la acción autónoma y tendencias a la acción heterónoma que caracterizarían sus respectivos comportamientos políticos”¹⁹.

En consecuencia, en la primera parte de su trabajo, Murmis y Portantiero plantean que su primer “objetivo será poner en duda los supuestos que parecen más obvios” en esta percepción generalizada que pretende dar cuenta de la emergencia de un movimiento nacional popular en la Argentina en la década de 1940. Este examen crítico se orienta a problematizar proposiciones contenidas en las teorías previamente presentadas por estos autores respecto de dos niveles: por un lado, el de las “bases objetivas” de la distinción entre obreros “viejos” y “nuevos”; por otro lado, las diferenciaciones que se adscriben a

¹⁷El término “fascista” aparece entrecomillas en el texto; ver Murmis y Portantiero (2004: 113)

¹⁸Murmis y Portantiero (2004: 115)

¹⁹Murmis y Portantiero (2004: 116)

ambos sectores de trabajadores en términos de sus orientaciones. De la prospección de ambos niveles de análisis y de su aplicación concreta a los casos del peronismo y del varguismo brasileño, los autores concluyen que es ilegítimo asimilar ambas experiencias como manifestaciones de “heteronomía de las conductas obreras expresada en su adhesión al nacionalismo popular”²⁰. En efecto, Murmis y Portantiero subrayan que, en el caso argentino, la existencia de un período de industrialización previo (de más de diez años), anterior a la aparición del intervencionismo del estado en la esfera social dará al surgimiento del peronismo rasgos distintivos propios que lo diferencian del caso brasileño y que obligan a repensar *in toto* no sólo las explicaciones del origen del peronismo sino también las proposiciones de la literatura teórica que generó estas explicaciones. En definitiva, el objetivo al que apuntarán los autores es a mostrar dos cosas: por un lado, que es la unidad del conjunto de la clase obrera lo que permite entender la emergencia del peronismo; y, por otro lado, que la homogeneidad de los sectores trabajadores permite entender su adhesión inicial al nacionalismo popular como una forma de expresión de su autonomía. En palabras de los autores:

“[...] más que destacar la división interna de la clase obrera, [esta aproximación] toma como punto de partida su opuesto: la unidad de ésta, como sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso, durante el proceso de industrialización bajo control conservador que tiene lugar durante la década del 30. [...] hasta que, entre 1944 y 1946, por acción de definidas políticas estatales, [...] la mayoría de los sindicatos –viejos y nuevos- articulan una política de alianzas con un sector del aparato del Estado, sin abdicar durante ese proceso y por el contrario reforzando [...] sus pretensiones tradicionales de autonomía e independencia frente a otros sectores sociales²¹”.

Para ello, en la segunda parte de su trabajo, Murmis y Portantiero van a presentar una reconstrucción del papel desempeñado por los sectores obreros en el surgimiento del peronismo que se articulará en torno de “tres hipótesis”: la primera es que los obreros “viejos”, sus organizaciones y dirigentes tuvieron una activa participación en los momentos genéticos del nacionalismo popular; la segunda, que la intervención obrera

²⁰Murmis y Portantiero (2004: 126)

²¹Murmis y Portantiero (2004: 132)

en este momento inicial no puede ser calificada de heterónoma; la tercera, que esta participación tenía antiguos antecedentes en la experiencia obrera al menos en dos sentidos: por un lado, en el plano de diversas reivindicaciones (los autores subrayan, sobre todo, las salariales); por otro lado, en la disposición que los sectores obreros tenían en establecer alianzas con otros grupos sociales y aún con el estado.

Las conclusiones de estos autores, después de un análisis de la evolución histórica de la fuerza, características y desarrollo de las luchas gremiales entre 1930 y 1943 y de las orientaciones sindicales a partir del golpe de junio de este último año, son que en el proceso de génesis del peronismo se verificó un importante activismo obrero desplegado a partir del ejercicio de una tradición de autonomía reformista y que, por lo tanto, con el caso de los orígenes del peronismo se “pone en cuestión el modelo de la heteronomía obrera como condición principal para el surgimiento de todo movimiento nacional popular”²².

Qué papel asignan Murmis y Portantiero a Perón en su lectura sobre el nacimiento del peronismo? Curiosamente, en este texto, que fuera publicado en 1971 junto con otro titulado “Crecimiento industrial y alianzas de clases en la Argentina (1930-1940)” en el libro *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, el nombre de Perón casi no aparece mencionado²³. En el esfuerzo que los autores hacen por explorar la emergencia del peronismo a partir “de definir las conductas de los actores [...] en términos que acentúen sus intereses de clase”²⁴ la figura de Perón se eclipsa casi completamente. En efecto, para Murmis y Portantiero el peronismo es un “proyecto hegemónico de un sector de las clases propietarias –principalmente el que agrupaba a los industriales menos poderosos- y de la burocracia militar y política que tendía a representarlos” en el que la clase obrera participaba “en su función de consumidores para una industria cuyo futuro sólo podía depender de la ampliación del mercado interno” y “por las propias necesidades de legitimación política que tenía la elite estructurada alrededor del

²²Murmis y Portantiero (2004: 186)

²³En el texto de Murmis y Portantiero, Perón aparece mencionado en cinco oportunidades: todas las referencias aluden a circunstancias fácticas o cronológicas (por ejemplo, la primera vez que Perón es mencionado es a propósito de su nombramiento al frente del Departamento Nacional del Trabajo a finales de octubre de 1943). De modo que en este texto de los *Estudios sobre los orígenes del peronismo* el problema de la constitución del peronismo como identidad política no es virtualmente tratado. Para las referencias a Perón, véase Murmis y Portantiero (2004: 150, 151, 154, 160, 162).

²⁴Murmis y Portantiero (2004: 186)

movimiento militar de junio de 1943”²⁵. De modo que, para Murmis y Portantiero, estaba en el interés de la clase trabajadora apoyar el momento inicial de una alianza de clases en la que se le otorgaba algún grado de participación. El rol de Perón (connotado detrás de expresiones tales como “elite militar”) es entonces el de “representar” “a un sector de las clases propietarias” en el que el apoyo obrero se busca con el propósito de obtener “legitimación política” y se obtiene merced a que este proyecto los incorpora en calidad de “consumidores”. No hay, propiamente hablando, una respuesta a la pregunta de por qué los trabajadores se hacen peronistas²⁶. Sin embargo, para estos autores, estaba en su interés de clase ser *peronistas*? La respuesta es claramente negativa: haremos referencia a esta cuestión en las conclusiones.

Juan Carlos Torre: el líder disponible.

El texto de Juan Carlos Torre “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” publicado en la revista *Desarrollo Económico* en 1989 presenta una lectura de los orígenes del peronismo (y una suerte de interpretación general de la significación histórica de este movimiento y en particular del lugar que en él ocupa la clase trabajadora) que puede ser vista como un nuevo esfuerzo por entender al peronismo pero incorporando los aportes de los dos trabajos que acabamos de examinar. Desde el comienzo mismo del artículo, Torre se ocupa de reconocer la contribución tanto de Murmis y Portantiero, como de Gino Germani²⁷. Respecto de los primeros, Torre subraya que “han mostrado que los dirigentes del movimiento obrero formado durante los quince años previos [al surgimiento del peronismo] [...] participaron de la operación política que llevó a la consolidación de la nueva elite dirigente surgida del golpe de 1943”²⁸. Dos méritos subrayará este autor en relación a este aporte: el primero, que responde mejor a lo que efectivamente fueron los hechos históricos; el segundo, que presenta el comportamiento obrero en esa coyuntura como motivado por una racionalidad de clase.

²⁵Murmis y Portantiero (2004: 175-76)

²⁶Como se verá de inmediato, Juan Carlos Torre observará que éste es uno de los aspectos cruciales a tener en cuenta al momento de explicar los orígenes del peronismo que había sido tratado por Germani y sobre el que Murmis y Portantiero no hacen referencia alguna.

²⁷En este trabajo las referencias bibliográficas al escrito de Torre corresponden a la reimpresión del texto incluida en la compilación de María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (1999).

²⁸Torre (1999: 174)

Sin embargo, el reconocimiento de los avances que la perspectiva de Murmis y Portantiero han representado respecto de la de Gino Germani, no autoriza a desestimar por completo la aproximación de éste. En efecto, señala Torre que “[...] A su manera, [...] la interpretación tradicional [la de Germani] intenta dar cuenta de otra y también importante dimensión de ese proceso, cual es *la constitución de nuevas identidades colectivas populares* [...]”²⁹. Así, aunque importante por revisar la lectura que ve en la conducta obrera hacia el peronismo un acto irracional enfatizando la racionalidad de la clase en términos de su interés específico, el enfoque de Murmis y Portantiero ha descuidado el nivel de la política “donde se plantea la cuestión del tipo de vínculo entre las masas y Perón”. Es exactamente en este punto donde se colocará el examen de Torre: un análisis tributario entonces tanto de los hallazgos de los autores de los *Estudios sobre los orígenes del peronismo* como de los de Germani: que en la movilización obrera es posible identificar, por un lado, un interés de clase; pero, por otro lado, la conformación de una identidad política de masas. Como lo indica Torre:

“Es verdad que en la movilización obrera un interés de clase está presente; no lo es menos que ella expresa también una conciencia política heterónoma. La problemática de esta doble realidad de la acción de masas será el objeto de estas reflexiones”³⁰.

En su análisis del surgimiento del peronismo, Torre considerará crucial la coyuntura política que va de 1943 a 1946. Sin embargo, es necesario para este autor ubicar dicha coyuntura en el contexto general que la antecede. Ese marco es el de la así llamada Década Infame. Período histórico en el que se asiste a un doble proceso: por un lado, de transformación social con exclusión política; por otro lado, de creciente importancia de los problemas laborales. En efecto, la Argentina de los años treinta, señala este autor, es un país que se moderniza, promoviendo la industrialización, aumentando el peso relativo de la clase obrera y exponiendo a este sector a un proceso de movilización social (en el que se destacan la quiebra de la deferencia y el aumento de las expectativas de los trabajadores). Sin embargo, la “autocracia patronal” no permite ni que la legislación laboral, ni que los sindicatos, sancionen la creciente importancia del “mundo del trabajo”. En este proceso contradictorio, en el que la evolución económica incrementa la centralidad de la clase trabajadora pero sin ofrecerle a ésta una verdadera

²⁹Torre (1999: 175, subrayado en el original).

³⁰Torre (1999: 176).

integración, Torre ve prefigurarse una crisis de participación. Pero, además, y como se ha indicado, este autor incorpora otra dimensión: la de los conflictos de clase, entendidos como confrontación entre obreros y empresarios en la esfera de la producción. En estos conflictos, nuestro autor subraya tanto el fuerte contenido clasista de los antagonismos como el modo en el que éstos asumen una inmediata significación política: esta última circunstancia se explica, según Torre, por dos factores; por un lado, en el hecho de que “a nivel político y en el terreno de la producción el adversario es el mismo”; por otro lado, en que “[...] La militancia obrera, impotente para imponer su reconocimiento en las empresas [...] se orienta a atraer la atención de los funcionarios gubernamentales para su causa”³¹.

Los dos procesos (el de una modernización con exclusión y el de “la constitución del campo virtual de los conflictos del trabajo”) confluyen en el terreno de la política. Y lo que terminará siendo el nacimiento de un movimiento político con una fuerte impronta de clase debe empezar a explicarse entonces, para Juan Carlos Torre, como resultado de tres obstáculos que la acción reivindicativa de los sectores populares y obreros deben enfrentar. El primer obstáculo es el interpuesto por los empresarios y “[...] En una situación donde las prohibiciones y la represión ocupan el lugar natural de los enfrentamientos, se multiplican las dificultades para articular la protesta [...]”³². El segundo obstáculo es el que pone el sistema político: por lo que “[...] Para las organizaciones obreras, la posibilidad de suplir las debilidades de sus posiciones en el terreno de la producción recurriendo a la presión sobre el sistema institucional se encuentra [...] bloqueada”. El tercer obstáculo remite a las dificultades que tiene la elite interna obrera para conducir al conjunto de los sectores de trabajadores (crecientemente heterogéneos por la expansión del mercado laboral). Aquí, diferenciándose explícitamente de Germani, Torre observa que esta última dificultad debe buscarse, sobre todo, “en la coraza autoritaria que rodea al desarrollo de signo conservador”; pero, como quiera que sea, la vieja guardia sindical tiene problemas para convertirse en el agente político capaz de expresar eficazmente las demandas obreras.

Estos tres obstáculos convergerán para hacer del Estado la instancia decisiva: la cerrada defensa de la corporación empresaria, la exclusión del sistema político y el limitadísimo

³¹Torre (1999: 180).

³²Torre (1999: 183).

margen de acción de la dirigencia interna de la clase obrera harán de las elites dirigentes que ocupen el aparato del Estado los árbitros de la situación. En ese contexto se produce el golpe militar del 4 de junio de 1943 en el que comenzará a destacarse la elite reformista que encabeza el coronel Perón. Indica Torre que, en el ánimo de éste, se espera un resultado muy distinto del que terminaría produciéndose. Entonces, y para entender cómo se llegará a los eventos de octubre de 1945, Torre subraya dos circunstancias: por un lado, la respuesta de los sectores más establecidos; por otro lado, los vínculos que se establecen entre la elite castrense y el nuevo movimiento popular. Respecto de lo primero: tanto “el mundo del dinero y los privilegios” como “los sectores medios urbanos” dan una cerrada negativa a la propuesta de la elite militar; esta circunstancia obliga a esta última a defenderse “a tomar partido y a descender al combate social y político que dividirá en dos campos la sociedad argentina”, lo que aproximará a la nueva elite dirigente con el movimiento popular.

Respecto de la relación entre estos dos actores, apunta Torre, “[...] ellas están influidas por la modalidad que asume la incorporación política de las masas” Una precisa comprensión de esta expresión exige, según este autor, prestar atención a dos circunstancias. Por un lado, “el perfil social e institucional de la sociedad de la época”; por otro lado, “los efectos de la lucha por el poder en la coyuntura de 1943 a 1946”. Respecto del primer punto, Torre indica que dado que la clase trabajadora argentina poseía “un grado elevado de consistencia como clase” (derivado de la creciente homogeneización del mundo del trabajo), ella tendrá una notable capacidad para incidir sobre la sociedad en general y sobre lo que terminará siendo el propio régimen peronista en particular. En relación al segundo punto, nuestro autor observa que, en la medida en que la movilización ha sido promovida “desde arriba” por una nueva elite dirigente, ésta se sustituye a “los agentes directos de clase” y pasa a liderar el proceso de cambio político. En suma, y en palabras de Juan Carlos Torre:

“[...] si las características de su incorporación política nos obligan a hablar de la heteronomía popular, no es menos cierto que, paralelamente a esa acción política subordinada a las orientaciones que le vienen del Estado, es una acción de clase obrera la que se organiza y pasa a animar los conflictos de la sociedad argentina”³³.

³³Torre (1999: 190, subrayado en el original).

Qué lugar asigna Torre a Perón en su lectura del peronismo? Por qué la movilización de octubre pide “la libertad de Perón encarcelado” y el proyecto de creación de un Partido Laborista termina naufragando en virtud de que los trabajadores se hacen peronistas? A primera vista, hay una respuesta. Ella ha sido indicada ya: remite a “la centralidad de la iniciativa estatal que estaba en los orígenes del proceso de cambio político”³⁴. Esta centralidad ha sido el producto tanto de los obstáculos que, durante la década del treinta, han debido enfrentar los sectores populares para hacer escuchar sus reclamos (ya mencionados), cuanto del impacto que tenían estas circunstancias sobre las orientaciones políticas de la clase trabajadora mucho antes de la emergencia del peronismo: para expresarlo en los términos de Torre “el lugar político de las masas obreras estaba en los séquitos populares de los partidos tradicionales”³⁵. Así las cosas, la aparición de una elite reformista encabezada por Perón, en un momento en el que “un orden político y social [...] se unifica, compacto, en el rechazo a las reformas que apuntan a ampliar la participación de los trabajadores” produce el 17 de octubre: un “acto de liberación por el cual los sectores obreros rompen con los antiguos lazos que caucionaban sus lealtades”³⁶ y se hacen peronistas. Con las palabras de Torre:

“[...] Si es verdad que el 17 de octubre se asiste al surgimiento de una fuerza social políticamente nueva, por sobre las ruinas de la hegemonía de los partidos tradicionales, no es menos cierto que esa fuerza nueva da sus primeros pasos en defensa de Perón. *El peronismo habrá de imponerse, así, al laborismo, lo que refleja el papel decisivo que juega el agente de movilización estatal por sobre los agentes directos de clase en el proceso de unificación de las masas obreras como sujeto político*”³⁷.

Conclusiones:

En la exégesis que los autores examinados hacen del peronismo, es sencillo encontrar importantes diferencias. En primer lugar, Gino Germani es el único autor que sostiene que es la heterogeneidad obrera, la división entre “obreros viejos” y “obreros nuevos”, la que explica la adhesión de estos últimos al peronismo. En segundo lugar, son Murmis

³⁴Torre (1999: 192).

³⁵Torre (1999: 192).

³⁶Torre (1999: 193).

³⁷Torre (1999: 194; subrayado en el original)

y Portantiero y Torre los que, a diferencia de Germani, enfatizan tanto la homogeneidad obrera cuanto la importancia del rol jugado por la vieja guardia sindical en los orígenes del peronismo. Por último, es en Germani y en Torre, donde encontramos explícitamente planteada una respuesta al problema de por qué los sectores populares se hacen peronistas. Como hemos visto, para el primero su identificación con Perón es resultado de un acto de autoafirmación (“imposición” es el término utilizado por Germani). Para Torre, esta identificación es resultado de la importancia que tiene Perón como agente promotor de la unidad política de la clase trabajadora en un contexto histórico signado a la vez por la relativa debilidad de la vieja guardia sindical y en el que la clase obrera argentina ha solido darse una representación política heterónoma.

Sin embargo, y a despecho de las diferencias que acabamos de enunciar, si comparamos la visión que tienen todos estos autores del vínculo político entre la clase obrera y Perón observamos que hay tres puntos en común. En primer lugar, que hay heteronomía; en segundo lugar, que esta heteronomía se conceptualiza a partir de la distancia sociológica que existe entre el líder y sus seguidores; en tercer lugar, que el hecho de que los trabajadores se adhirieran a un liderazgo “externo” implicó que se dieron a sí mismos un rol subordinado respecto a quien sería su conductor y que, consecuentemente, habría sacrificado, al menos en parte, sus propios intereses.

Ciertamente, ni el sendero que todos estos autores transitan para llegar a predicar la heteronomía obrera es similar ni tampoco hay entera coincidencia en lo que esta heteronomía implica. En este punto, y en lo que respecta a la coyuntura que ve nacer al peronismo, el texto de Murmis y Portantiero postula una significativa diferencia respecto de los otros textos. En efecto, y como ha sido ya indicado, los autores de los *Estudios sobre los orígenes del peronismo* son los únicos que no ven en el apoyo inicial de los trabajadores a Perón una expresión de heteronomía obrera. Sin embargo, estos autores son muy claros al indicar que:

“No habría [...] una disolución de la autonomía en favor de la heteronomía obrera *en el momento inicial* del peronismo en la Argentina, *sino, en todo caso, en una etapa posterior* [...]. Finalmente se abriría un [...] momento, cuyo nudo estaría en la disolución por orden oficial del Partido Laborista, en el que la elite política, ya

controlando el Estado, tiende gradualmente a liquidar la autonomía de los sindicatos [...]”³⁸.

Cómo explican Murmis y Portantiero este tránsito desde la autonomía a la heteronomía? A título de hipótesis, estos autores sugieren que la adhesión obrera a un movimiento político populista dependerá de una forma alternativa de pensar la heterogeneidad obrera como resultante de diferentes tipos de experiencia industrial. Después de puntualizar que la participación de los trabajadores en el origen del peronismo se explica a partir de su homogeneidad, estos autores sostienen que una manera más relevante de clasificar la heterogeneidad obrera es “según tipos de experiencia industrial, lo que permitiría cortar en el interior de las otras categorías propuestas [obreros “viejos” y obreros “nuevos”]”³⁹. Atendiendo a esta forma de conceptualizar las diferencias entre obreros, Murmis y Portantiero identifican dos grupos que serían los más proclives a adherir políticamente al nacionalismo popular: por un lado, obreros con experiencia industrial pero insatisfechos por el desempeño tanto de sindicatos como de partidos políticos de izquierda al momento de iniciarse el intervencionismo social; por otro lado, obreros “sin ninguna experiencia de lucha a través de los trabajadores”. De tal modo, “[...] sería lícito derivar que la mayor o menor probabilidad de heteronomía obrera en un movimiento populista se relaciona con el peso que los trabajadores le otorgan, en tanto fuerza mediadora, al sindicalismo, en función de los resultados que ese instrumento de lucha ha tenido para ellos en el pasado”⁴⁰.

En consecuencia, y más allá de la diferencia indicada, para Murmis y Portantiero, tanto como para Germani y Torre, el liderazgo político de Perón sobre la clase trabajadora es de tipo heterónimo. La heteronomía obrera tanto para Murmis y Portantiero como para Torre no es “irracional” (como, según hemos visto, lo era –al menos en 1956 y con matices- para Germani) en la medida en que el modo que asume la conducta de los trabajadores, según afirman los primeros, “se transforma en una cuestión empírica, no teórica, salvo que se parta de un estereotipo”⁴¹; o, de acuerdo con Torre, en la “incorporación política” de los trabajadores a través del peronismo “es una acción de

³⁸Murmis y Portantiero (2004: 184; subrayado mío)

³⁹Murmis y Portantiero (2004: 178)

⁴⁰Murmis y Portantiero (2004: 184)

⁴¹Murmis y Portantiero (2004: 180).

clase obrera la que se organiza”⁴². De modo que, y más allá de los matices que es posible encontrar entre los autores que estamos considerando, Torre y aún Germani suscribirían la afirmación formulada por Murmis y Portantiero en el sentido de que la conducta obrera al adherir al peronismo en el momento de su emergencia puede ser percibida “como la elección más adecuada, dentro de las alternativas ofrecidas por la realidad”⁴³.

Sin embargo, para todos estos autores en el reconocimiento obrero del liderazgo de Perón hay heteronomía y ésta se conceptualiza a partir de los mismos parámetros y posee las mismas implicancias: en primer lugar, hay heteronomía por el diferente lugar sociológico que ocupan Perón (un militar), por un lado, y sus seguidores (las masas trabajadoras), por el otro. En segundo lugar, por la distancia que existe entre el interés de las “clases populares” y el “dictador” (si lo expresamos como lo hacía Germani) o el que hay entre la “clase obrera” y la “elite populista” (si empleamos los términos de Murmis y Portantiero); o entre la “clase obrera” y “Perón” (si optamos por utilizar las palabras de Torre). Finalmente, el papel de liderazgo que la clase trabajadora otorgó a Perón implicó que aquellas sacrificaran al menos parcialmente aquello que estaba en su interés: “reformas estructurales” para Germani, la “autonomía de sus sindicatos” para Murmis y Portantiero, o como lo refiere Torre:

“[...] Protagonista de la coyuntura 1943-1946, el sindicalismo no llega a ser, empero, *un actor independiente*. [...] el no controla las condiciones que hacen posible su intervención en la escena política, las que dependen, ampliamente, de la apertura estatal. Y es ese mismo Estado el que, investido ahora de la legitimidad popular se le impone, subordinándolo a las necesidades de la cuestión del nuevo régimen”⁴⁴.

En suma, en estas interpretaciones, el lugar de Perón es el de la heteronomía de los sectores populares. Aunque racional (al menos coyunturalmente para Murmis y Portantiero) o no completamente irracional (si seguimos al Germani de 1956), el liderazgo de Perón sobre la clase trabajadora argentina haría que ésta terminara adoptando un rol subordinado dentro del movimiento peronista.

⁴²Torre (1999: 190).

⁴³Murmis y Portantiero (2004: 184-85).

⁴⁴Torre (1999: 194; subrayado en el original).

Conviene preguntarse, sin embargo, bajo qué premisas todos los autores examinados predicán la heteronomía de la clase. Ya hemos indicado qué significa heteronomía en los textos examinados: una situación en la que los trabajadores adhieren a un líder *externo* a ella: en nuestro caso, un militar. Y es precisamente la distinta procedencia sociológica del líder respecto de sus seguidores lo que le permite afirmar a los autores que hemos estudiado dos cosas; en primer lugar, que el interés de aquél es diferente respecto del de éstos; en segundo lugar que, como Perón era el líder y los sectores populares constituían su séquito político, el rol de éstos quedó subordinado a la voluntad de aquel. Qué supuestos hay detrás de la idea de que un liderazgo político sociológicamente distinto del grupo al que representa es “heterónimo”? En un trabajo próximo examinemos esta cuestión. En principio, la pregunta parece relevante *en la medida en que tanto Germani, como Murmis y Portantiero y Torre claramente indican que no todo liderazgo político sociológicamente externo a una clase es heterónimo*. En efecto, este sería el caso de los así llamados “partidos de clase”.

Nuestro examen se detendrá aquí. Quedará para más adelante examinar cuatro cuestiones. En primer lugar, cuáles son las premisas que han permitido a los autores considerados pensar el liderazgo del general Perón sobre el grueso de la clase trabajadora argentina como heterónimo. En segundo lugar, hasta qué punto esas premisas pueden ser sostenidas tanto teórica como históricamente. Lo que implicará preguntarse, en tercer lugar, si el liderazgo de Perón sobre la clase trabajadora fue efectivamente heterónimo y, en cuarto lugar, si la centralidad que adquirió la figura de Perón en el movimiento peronista equivalió a que la clase obrera terminara ocupando un lugar subordinado. El conjunto de esta exploración nos conducirá a reexaminar el papel de Perón dentro del peronismo y a ponderar hasta qué punto las palabras con las que Eva Perón interpelaba a los sectores populares y que han sido transcriptas al comienzo de este trabajo reflejaban fanatismo o sentido común.

Bibliografía Citada

Camarero, Hernán: “Claves para la relectura de un clásico” en Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós, 1962.

Germani, Gino: *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires, Temas, 2003.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Scoufalos, Catalina: *1955, memoria y resistencia*. Buenos Aires, Biblos, 2007.

Torre, Juan Carlos: “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la cenicienta*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.